

go que bajaba del Sporting y á quien no había visto en mucho tiempo.

— ¿De dónde venís? le pregunté.

— De Monte-Carlo, me dijo, en donde he estado quince días.

— Monte-Carlo, repetí, añadiendo con los dientes apretados : ¡Ah! Sí. La casa donde se pasa y falta.

MI AMIGO NO ME COMPRENDIÓ, SUPONIENDO QUE YO ALUDÍA AL NEGRO Ó ENCARNADO, PAR Ó IMPAR, PASA Y FALTA DE LA RULETA.

XIII

El deseo satisfecho nos hace con frecuencia ingratos y olvidadizos. Nuestros pensamientos y nuestras miradas se dirigen á un mismo punto, durante mucho tiempo, tomando distinta dirección desde el momento en que han llegado á él. Pero si el deseo ha sido excitado sin que se satisfaga y ha cabido precisión de pararse en la mitad del camino que se había de recorrer, el espíritu se inquieta, se irrita, y en lugar de olvidar, se acuerda demasiado. Estos re-

cuertos son mucho más vivos, cuando el camino era hermoso, sin presentar ningún obstáculo, y en lugar de recorrerlo hasta el fin, se ha caído de repente. El amor propio se interesa avergonzándose de aquella caída; sobre todo, cuando ésta tiene por testigo una compañera que también se ha visto obligada á pararse forzosamente sin haber llegado al punto para que se había puesto en marcha. Se trata de persuadirla, para que emprenda de nuevo el viaje y demostrarle que la caída ha sido por mero accidente, que un caso no constituye regla y que se tiene el pié seguro.

Con una compañera de pocos atractivos se sale del paso achacándole la culpa y diciendo : « ¡Qué queréis! Para no verla, miraba al cielo, estaba distraído, y es natural, me faltó pié. » Pero cuando es uno el caballero de alguna hermosa criatura, la vergüenza y el sentimiento se redoblan pensando que uno sólo es el culpable. Si ella no ha hecho todo lo que le era posible para

evitar el accidente; si os ha infundido valor con su palabra y su mirada en la etapa recorrida, llega con nosotros al término del viaje en que se encuentra la ciudad ó el oasis, mostrándose agradecida y entusiasmada. Algunas viajeras silenciosas, soñolientas, desgraciadas durante su camino una vez terminando éste, se levantan de buen humor, hablan con buen criterio dándoos las gracias calurosamente, por haberlas conducido al puerto y dándoos á entender que están dispuestas á emprender el viaje de nuevo.

El día siguiente al en que me sucedió esta desgraciada aventura, revoloteaban en mi mente, todavía turbada, aquellos recuerdos, cediendo el puesto á pensamientos menos sombríos.

¿A qué clase de la sociedad pertenecía aquella mujer? ¿Había venido á casa de Lareine, como otras muchas, para tratar simplemente de aumentar sus recursos ó llenar algún vacío en sus necesidades?

Esto no podía ser. Tan hermosa como era, joven, de admirables formas y aire distinguido, era posible que se hubiese visto precisada á acudir á un lugar tan feo para entregarse á un desconocido y descender á puesto tan bajo.

Al llegar aquí me detuve. ¡ Un desconocido! precisamente esto no es de despreciar, al contrario : con un desconocido no hay ningún compromiso porque no sabe quién sois, y quizá no os vuelva á ver nunca; pero si vuestra mala estrella hace que le encontréis alguna vez, con un poco de sangre fría y algo de audacia, no tardaréis mucho tiempo en dejar penetrar la duda en vuestro espíritu. ¿Os atreveréis á jurar á pesar de vuestras sospechas, que aquella mujer que creéis reconocer es la que apenas pudisteis apreciar en una entrevista?

Basada en estas consideraciones, fué á casa de Lareine sin temer por su reputación, y sacando provecho para su bolsillo.

No, y mil veces no, no había pedido nada ni nada había aceptado. Hace un momento que hablaba de sus escrúpulos como consecuencia de lo que había pasado ó por mejor decir, por lo que no había pasado entre nosotros, y hablaba sin convicción. Para que se manifiesten tales escrúpulos, es necesario que se presenten circunstancias, excepcionales, como por ejemplo, en el caso de la bella marquesa de...

Se presenta un día en casa de Lareine con la frente levantada, con el aplomo de una mujer que está decidida á todo, y con el tono de una gran señora, tanto más arrogante, cuanto más falsa es la posición en que se encuentra :

« Amiga mía, tengo necesidad de diez mil francos. No quiero pedirselos á mi marido ni á mis amigos y mucho menos á mi amante. ¿Conocéis á alguno que pueda dárme los? Es caro, pero bien lo valgo. Mirad.»

Levanta el velo, y Lareine queda convencida de que la Marquesa, á pesar de sus

treinta y cinco años, es una mujer superior.

— Buscaré; volved mañana, responde, porque nunca duda de nada, y tiene por principio no desilusionar á nadie.

Busca en efecto, y piensa en un general que murió después de una manera misteriosa, y sabe arreglárselas muy bien, cuando se trata de una mujer hermosa. Aunque busca las primicias, las auroras, el sol saliente, no desdeña por esto una hermosa puesta de sol, rodeada de púrpura, ardiente y de esplendoroso matiz. Su debilidad principal es la mujer de clase, y no retrocede ante ninguna locura para satisfacer sus caprichos.

La cita está ya dada. Lareine pone enfrente uno de otro, al general y á la Marquesa, que apenas se han mirado, se precipitan mutuamente en sus brazos. Acaban de reconocerse. Se habían amado cuando eran solteros, y aun las familias se habian opuesto á que se casasen á pesar de sus súplicas

y su desesperación. Después, las circunstancias han impedido el que se encuentren para reunirlos por último en casa de Lareine.

Ésta les ha cedido su mejor cuarto para que puedan más cómodamente resucitar el pasado. En éste han vivido olvidando la cuestión de dinero que habría marchitado sus queridos recuerdos y borrado sus primeros amores.

Mi desconocida no había encontrado en mí su prometido esposo, ni su amor primero, y por lo tanto, había motivo bastante para quedar admirado por su desinterés.

Por otra parte, mientras más pensaba en ello, más convencido quedaba de que no había obedecido á un pensamiento venal: su manera de ser, sus vacilaciones, su resistencia, todo me lo decía. Cuando una mujer ha tenido bastante audacia y valor para presentarse en casa de Lareine, hablarla y aceptar el ponerse en contacto con un desconocido, está dado el paso principal, no

hay lugar á temores retrospectivos y va hasta lo último con igual cinismo.

Entonces, ¿qué razón la había impulsado á aquel extremo?

¿Era acaso víctima de una equivocación, de una casualidad impensada, como sucedió á cierta baronesa muy miope, muy aturdida, que se hizo célebre por sus distracciones. Buscaba habitación en el barrio de la Chaussée d'Antin. Se le figuró ver el anuncio en la puerta de una casa de bastante buena apariencia y parecida á las demás. Entra en busca del portero que no encuentra y sube hasta el entre-suelo en donde se abren varias puertas: una señora, dos, tres señoras se presentan. La una está vestida de seda, la otra tiene puesto un peinador rosa y la tercera no tiene nada, pero es tan miope la baronesa...

— ¿Qué deseáis? le preguntan.

— Quisiera ver el piso que se alquila.

La más joven y más bromista de las tres

entreve una aventura que podrá distraer por un momento su enrejada existencia, hace seña á sus compañeras de que se callen, ocultan sus sonrisas y dirigiéndose á la visitadora, dice:

— Precisamente es aquí, señora. Voy á tener el gusto de enseñárosle. Tened la bondad de seguirme.

Y después, abriendo una puerta á la derecha...

— Este es el salón en que la señora suele estar de ordinario con sus pasantas, que en este momento han salido.

— ¿Cómo sus pasantas? dice la inocente baronesa. ¿Estamos en algún colegio?

— Sí señora, en un colegio de señoritas ya crecidas que se preparan á sufrir sus exámenes de licenciadas.

— ¡Ah! ¿entonces será grande el cuarto?

— Mucho; podéis verlo. Este es un departamento destinado á los examinadores. Aquí es donde consultan con la señora sobre las aptitudes de las discípulas: después

pasan al gran salón de estudio. ¿Queréis entrar?

— Con mucho gusto. ¡Hermoso mobiliario para salón de estudio! Piano, diván, espejos y más espejos; pero no veo mesa, ni libros.

— Es porque en esta sala únicamente tiene lugar el examen. Se sientan á lo largo de la pared una junto á otra en el divan y después se va á otro cuarto á donde llama á la discípula que le ha parecido más instruída para examinarla de cerca.

— Comprendo. ¡Qué oscuro está esto! ¿Tenéis las persianas corridas siempre?

— Sí señora, siempre. Les podría ocurrir á algunas señoritas asomarse á la ventana y comprenderéis... la moral. Aquí no puede jugarse con ella.

— Os felicito por ello : ¿podéis enseñarme las demás habitaciones?

— En este momento es difícil, porque se están realizando algunos exámenes.

— No quiero molestar á nadie, volveré.

Al llegar á este punto estaban ya reunidas casi todas las colegialas, con los cabellos sueltos y cada vez menos vestidas, ahogando sus risas y acompañando hasta la puerta á la señora abrumándola de saludos á que ésta contestaba agradecida, de una manera muy afectuosa.

Aquella noche, estando en familia, habló de los cuartos que había visitado durante el día. Entre otros varios había encontrado muy á propósito uno que recomendó á su yerno para que fuera á verle y dar su parecer.

— Con mucho gusto ; ¿cuáles son las señas?

— Calle... núm...

— ¿Qué decís?

— Sí, he dicho bien y he guardado las señas en mi tarjetero.

— ¿Habéis visitado un cuarto en la calle de... núm...?

— Seguramente, ¿qué tiene eso de particular? estará muy pronto desocupado;

ahora está alquilado por jóvenes señoritas que están preparándose para recibir sus correspondientes exámenes.

— ¿Y habéis visto á esas jóvenes?

— Ya lo creo, y me han hecho los honores de la casa con mucha atención.

— ¡Ah! querida suegra, no se puede ser miope, distraída y de buena fe hasta ese punto. No visitéis más cuartos, os lo suplico.

Pero mi desconocida no podía haber cometido una equivocación de este género. No se buscan cuartos á las once de la noche ni se apagan las luces para visitarlos mejor.

Era necesario que hubiera otras causas, otras razones, para explicar su conducta. ¿Sería acaso una curiosidad mal entendida por verlo todo y conocerlo todo?

¡Oh! la mujer capaz de semejante aberración no tiene aquel pudor ni aquellas reticencias de que fui víctima. Son demasiado expertas para no comprender que su reserva puede empedirlas el enterarse por com-

pleto, y que si quieren satisfacer su curiosidad, en lugar de permanecer silenciosas y tener la boca cerrada como mi desconocida, deben preguntar. Con tener un poco de paciencia se conocen al momento esas locas investigadoras del misterio; es muy fácil no dejarse sorprender por su aire de inocencia y su mirar modesto. Se sabe descubrir en su profunda mirada ciertos destellos y ciertos fulgores que las hacen traición, sin que tengan ninguna analogía con los síntomas de una pasión. En los grandes ojos azules de mi desconocida, que solamente ví un momento, no había podido leer más que la vacilación y el espanto.

¿Era una mujer de clase, como decía Laraine? Algunos detalles y mil indicios me lo indicaban, y hasta llegué por un instante á decirme bajo, muy bajo, por el temor de oirme: « ¡Esta es una mujer honrada! » Sin embargo, había hablado lo bastante alto para escucharme, y se sublevó mi razón. ¡Honrada! no puede ser. ¿A qué sen-

timiento ó á qué pasión ha obedecido ?
¿ qué es lo que puede disculparla ?

¿ El deseo de vengarse de una infidelidad ó de una traición ?

¡ No ! ¡ no ! eso no puede ser. Se habría presentado más resuelta, y su misma cólera le habría prestado el valor de que carecía. Por otra parte, una mujer que se venga se entrega sin reserva para que la venganza sea completa y más refinada.

De todo este cúmulo de ideas que iba rechazando una á una, surgió otra que me pareció más aceptable y más probable.

Por algún interés cualquiera, para retener á su lado una persona querida ó quizá para obtener una fortuna, defraudar algunos herederos, aquella mujer necesitaba un hijo, que ni su marido ni su amante le habían dado, y había venido secretamente á buscarle en aquella casa. De este modo no tenía cómplices, y si llegaba á ser madre no podría desconocerse aquel hijo.

Esto debe ser, se ve claramente : « ¡ He

encontrado ! » me decía, y algunos momentos después, cuando ciertos recuerdos se agolpaban á mi imaginación, exclamaba : « No, todavía no lo he encontrado, lo que hago es aproximarme. »

Pero de todo esto resultaba una verdad absoluta : mi desconocida atormentaba mi espíritu de una manera pertinaz.